

MENSAJERO DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS DE LA

Cédula AGN: MX05035AHUIL

Dirección General Educativa

Torreón, México. 30-X-2011

Buzón electrónico: sergio.corona@iberotorreon.edu.mx

Página Web del C.I.H.: <http://www.lag.uia.mx/archivo/>



Mensajero, “internet resources, publications, periodicals” de la UNESCO.

Ing. Héctor Acuña Nogueira, SJ. Rector de la UIA-Torreón.
Mtro. Andrés Rosales Valdés.. Dirección General Educativa.
Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Coordinación del Centro de Investigaciones Históricas.

Número 155

ÍNDICE

	página
De ferrocarriles, colonos y bandidos	2
El Mostrador. <i>Cuentos para no matar y recordar</i>	6
Enlaces a los Libros del C. I. H.	11

Fundador y editor de la revista virtual: Dr. Sergio Antonio Corona Páez. Como Cronista de Torreón, en <http://www.cronicadetorreon.blogspot.com>

Comité editorial del “*Mensajero*”: Lic. Jaime Eduardo Muñoz Vargas, Lic. Julio César Félix, Lic. Carlos Castañón Cuadros, Dr. Sergio Antonio Corona Páez.

Colaborador Honorario en Madrid: Brigada retirado José María Ruiz Ruiz.

DE FERROCARRILES, COLONOS Y BANDIDOS

Dr. Sergio Antonio Corona Páez¹

El primer poblador de Gómez Palacio, Durango. A finales del año 1883, apenas a 15 días del paso del Ferrocarril Central Mexicano, un peluquero nacido en Mapimí y residente de Villa Lerdo, Durango, fue a establecerse en lo que dio en llamarse Estación Lerdo, un lugar completamente deshabitado.

El objeto del cambio de residencia era el de aprovechar la demanda de alimentos que los viajeros querían satisfacer entre dicha estación y Villa Lerdo. Para ello, el peluquero y pequeño comerciante construyó algunas chozas de madera de mezquite para resguardarse de los elementos.

Este emprendedor duranguense se llamaba Epigmenio Rodallegas. Le fue tan bien con su agreste restaurant, que a principios de 1894 ya había construido una finca en toda forma, la primera que se levantó en lo que ahora es la ciudad de Gómez Palacio, Durango, y que Epigmenio destinó a hotel, billar y cantina. Este mismo edificio, a principios del siglo XX, se llamaba el “Gran Hotel Unión” del señor Vicente Reynoso.

Junto al hotel, el señor Rodallegas continuó con las tareas de construcción, y levantó un edificio que llamó “La India”, tienda de abarrotes, que puso a cargo de su padre, Jesús Rodallegas. Epigmenio continuó con su manía de construir, al punto que muchos comerciantes de Lerdo, al ver que le iba muy bien, decidieron emigrar a la Estación Lerdo y construir ahí sus negocios.

Santiago Lavín, al ver el éxito del espontáneo fenómeno de colonización, comisionó al señor Epigmenio Rodallegas para que determinara la traza de una nueva población, a la que Lavín decidió llamar “Gómez Palacio” en honor de su

¹ Maestro y doctor en Historia por la Universidad Iberoamericana México. Coordinador del Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad Iberoamericana Torreón; investigador y docente del mismo campus. Ensayista, Cronista Oficial de Torreón.

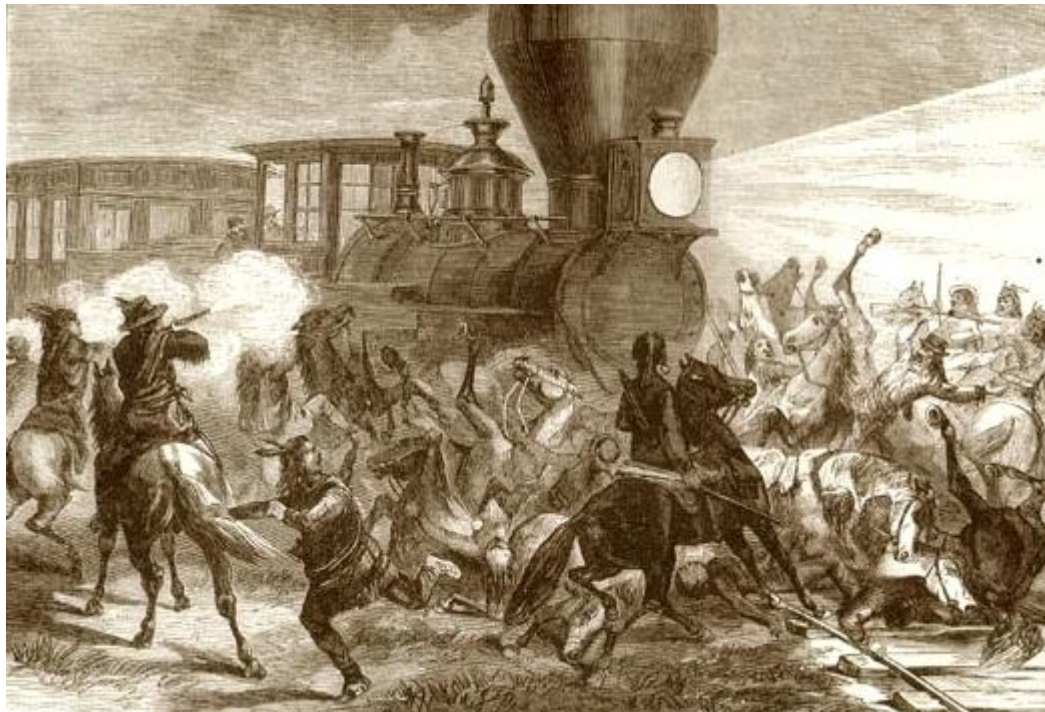
amigo, Francisco Gómez Palacio. Epigmenio Rodallegas murió el 10 de septiembre de 1909 en Douglas, en los Estados Unidos.

Fuente: “El Eco de La Comarca” Semanario Independiente, Gómez Palacio, Dgo. 29 de noviembre de 1909.

Los laguneros ¿forajidos de película? Una curiosa nota periodística del 11 de julio de 1885 (“El Partido Liberal”) menciona que

“una partida de bandidos incendió el puente de madera que había entre villa Lerdo y Laguna, pero afortunadamente el maquinista advirtió el peligro y detuvo el tren, impidiendo con esto una catástrofe”.

“Los contrabandistas —pues contrabandistas eran— que para consumir su atentado se habían disfrazado de indios, intentaron entonces asaltar el tren, pero los viajeros se defendieron con tal denuedo, que pusieron en fuga a los supuestos indios, con lo que dio fin un incidente que pudo haber tenido lamentables consecuencias”.



Si la información es correcta, entonces se trata de un intento de asalto al tren de pasajeros que circulaba desde Chihuahua en dirección a Zacatecas, por la

línea del Ferrocarril Central Mexicano. Se le trató de emboscar quemando el puente de madera sobre el Nazas, entre Lerdo (el municipio de Lerdo) y La Laguna. Las poblaciones de la Comarca Lagunera coahuilense junto al Nazas eran apellidadas “de la Laguna”, así se decía “Hacienda de La laguna”, San Antonio de La laguna, Matamoros de La Laguna, San Lorenzo de La Laguna, San Pedro de La laguna, etc.

Uno se preguntaría cómo se pudo organizar y esconder una cuadrilla de forajidos entre la hacienda del Torreón y el puente del ferrocarril sobre el Nazas, sin ser detectados. Es decir, los primeros sospechosos serían los mismos torreonenses, o los laguneros de la vecindad. Después de todo, la zona limítrofe entre Coahuila y Durango fue escenario de innumerables ataques, rencillas e invasiones protagonizadas por laguneros. México no estaba completamente pacificado.

Por otra parte, llama la atención el disfraz como recurso de los bandidos. La falsa apariencia que desorienta a la víctima. Los asaltantes estaban disfrazados de indios. Este recurso tampoco era nuevo. El libro de Valdés Dávila y Corona Páez “Gerónimo Camargo, indio coahuileño” (Editado por la UIA-Laguna y el Ayuntamiento de Saltillo) muestra como en el siglo XVIII, ciudadanos aparentemente pacíficos y cristianos dejaban sus comunidades, se transformaban en indios salvajes para cometer sus fechorías, para luego reintegrarse a sus hogares como pacíficos cristianos.

Un último detalle que llama la atención, es que los pasajeros del tren no entraron en pánico ni en histeria. No se quedaron pasivos, todo lo contrario, puesto que viajaban armados, se defendieron de tal manera, que los “salvajes” salieron huyendo. Este hecho habla del temple que debían tener los colonos de estas latitudes para poder sobrevivir.

La "Sunset Route" o "Ruta del Crepúsculo". El 18 de mayo de 1888, apenas a dos meses de la inauguración del Ferrocarril Internacional Mexicano, y a cinco meses de que los trabajos de construcción del mismo habían finalizado en la Hacienda del Torreón, un reportero de la publicación periódica “El Partido Liberal” escribía en la página 3:

“El Ferrocarril Internacional Mexicano, que forma un nuevo camino ferroviario a México, se conocerá en lo sucesivo bajo el nombre de la “Sunset Route”. Su tramo se extiende vía Torreón y Piedras Negras, México, y se une en Eagle Pass, Texas, con el gran sistema del Ferrocarril Meridional Pacífico.

Por el Ferrocarril Internacional hay 553 millas menos de distancia que por cualquier otro Ferrocarril entre México y Nueva Orleans, Nueva York, Filadelfia, Washington, y otras ciudades del este de los Estados Unidos del Norte; 406 millas menos entre México y San Luis Mo., Chicago, Cincinnati, Milwaukee y otras ciudades del interior; 304 millas menos entre México y Kansas City, Omaha, San Pablo, Min. y otras ciudades del oeste.

Todos los trenes directos estarán provistos de los nuevos wagones dormitorios Pullman. Los pasajeros y fletadores deberían ver al Sr. S.W. Eccles, el agente de la “Sunset Route” en su despacho, situado en la 1ª calle de San Francisco num. 1 y esquina de San Juan de Letrán”.

EL MOSTRADOR



CUENTOS PARA NO MATAR Y

RECORDAR

JAIME MUÑOZ VARGAS

Los libros primerizos suelen ser ingenuos. Con mucha frecuencia, no dicen nada o lo poco que dicen lo enuncian tan mal que al lector no le queda otra reacción más que la obvia: recular a medio camino, rajarse, como decimos los mexicanos, o *zafar*, como dicen los argentinos. Son contados los casos, por otra parte, en los que el libro inaugural de un escritor insinúa más fortalezas que debilidades. Un cuento, un poema, ciertos rasgos de estilo, alguna malicia en la focalización de la realidad humana, algo nos sugiere el hacedor de un primer libro que nos lleva a pensar en su futuro, un futuro cargado de mejores frutos. Más escasos y sorprendentes son los primeros libros que así, de golpe, sin avisar, como si fuera fácil, nos muestran un trabajo que deja la desconcertante impresión de obra bien peinada, lista para merecer opiniones favorables.

Un ejemplo del último caso es *Cuentos para no matar y otros más inofensivos*, primer libro de Giselle Aronson, conjunto de relatos que poco a poco, página tras página, va aprobando los ítems que podemos establecer para juzgarlo estimable. Oriunda de Gálvez, provincia de Santa Fe, Aronson vivió en Rosario y actualmente reside en Haedo, provincia de Buenos Aires. Es fonoaudióloga y terapeuta del lenguaje. Forma parte del colectivo Heliconia y participó en el taller literario Domingo Faustino Sarmiento del municipio de Morón. Ha publicado en revistas tanto virtuales como físicas, y algunos de sus cuentos han sido incluidos en antologías. Muchos de sus trabajos están disponibles en el blog nocheluz.blogspot.com, que ella administra.

El primer libro editado de Giselle Aronson está dividido en tres estancias: “Cuentos para no matar”, “Excepcionalmente cotidiano” y “Perplejidades”. En total suman 46 piezas de extensión variada: las más amplias, de cuatro páginas; las más cortas, de un renglón. En todas late un rasgo que, por visible, no puede ser omitido: su noción del cuento como recinto cerrado y autosuficiente. Lo primero que destaca pues es el riguroso concepto de cuento que Aronson maneja. En una época en la que reina el gusto por el relato de estructura desenfadada, ese cuento que basa su eficiencia en el puro brillo de la prosa o en cierto enfoque de la anécdota, la escritora santafecina sujeta sus historias a una idea del género hartamente compacta, escrupulosa con los detalles que van configurando estructuras sólidas, redondas a la manera cortazareana.

Todos los textos de este libro —no exagero y, si exagero, puedo decir “la mayoría”—, tienen la vista puesta en los finales, pues ya se sabe que, dígame lo que se diga, los grandes cuentos son siempre aquellos que han sido escritos para desembocar en un punto cuya luz ilumina retrospectivamente el cuerpo del relato. El truco es el mismo, y con ese truco deben operar los cuentistas de la mejor escuela: los cuentos caminan con la mirada al frente, sí, pero también con ojos en la nuca; a medida que el relato avanza el autor distribuye pistas, esas pequeñas marcas que tanto celebramos en los grandes arquitectos de cuentos, huellas con “proyección ulterior” como las llamó, inmejorablemente, Borges. Tales detalles, siempre colocados con malicia, son los puntos emergentes de la famosa historia B trepada a la historia A, según la propuesta de Piglia. Los lectores asistimos en estos cuentos a un espectáculo de prestidigitación: creemos caminar por una historia determinada, visible,

evidente (la historia A), pero en realidad nos es contada una más (la historia B) que discurre secreta, oculta, evasiva, tenuemente. Cuando esas dos historias siamesas, la explícita y la soterrada, nos son contadas con un velo de incertidumbre, sin que recibamos información a carretadas, con el esquema de *iceberg* que deseaba Hemingway, el cuento deviene pieza de orfebrería capaz de deslumbrar si no por su perfección, sí por un apetito de perfección que en arte es, *per se*, mucho.

Este propósito, el de articular ficciones breves con sabor a cuento clásico y no mero desahogo, no es flaco mérito en un primero libro. Aronson ha gobernado cada una de sus historias con rigor y elegancia, y además con otra virtud sutil: los cuentos no se sienten fríos, mecánicos, sino trabajados con garra, con pasión, con ánimo de escudriñar la complicada condición humana en diferentes estados de crisis. Los aciertos del libro se manifiestan desde la entrada. El cuento "Imperceptible", el primero, por ejemplo, narra una escena de vida muy común, la de la esposa que poco a poco ve alejarse, casi sin meter las manos, el amor de su pareja. Digo adrede "casi sin meter las manos" porque todo el cuento está organizado para que en su cierre comprobemos que el énfasis en la pasividad era un amague, una finta con "proyección ulterior".

Lo mismo pasa con el que sigue, titulado "Otra", contado secamente desde la perspectiva de una amante que no ve la hora en la que, por fin, su hombre la saque de esa condición percibida socialmente como ominosa. De nuevo, Aronson no desea que el conflicto (siempre hay, como en todo cuento bien nacido, un conflicto en estas historias) sea lo único destacable: le preocupa la estructura, le preocupa mucho, esto al grado de cuadrar todo el andamiaje narrativo para que se justifique con precisión quirúrgica una sola palabra en el relato: la última.

Con gusto un llega pues al tercero, al cuarto, al quinto relatos, comprobando pieza tras pieza que cada historia es un microcosmos cerrado y al mismo tiempo comparte rasgos con los demás para lograr un conjunto armónico, un-li-bro-de-cuen-tos armado, no un apiñamiento arbitrario de narraciones cortas.

La violencia intrafamiliar, la rutina de la vida cotidiana, el tedio en el que derivan muchas relaciones de pareja, el asco de convivir con monstruos alguna vez quizá queridos, todo eso y más es encarado por Aronson con ojo agudo

para escoger los rasgos salientes y al mismo tiempo ordinarios de la ruindad humana, ésa que todos ejercemos a diario y tal vez sin darnos cuenta en el entorno más cercano. Algo de David Lynch o de los hermanos Cohen anda entonces en relatos como “Cambio de menú”, donde asistimos a la violencia extrema sin necesidad de guerras mundiales o barrios neoyorkinos o laberintos en mercados turcos. En “Escenas veraniegas de la vida familiar”, por caso, es evidente la ironía desde el título: el eje de esa “vida familiar”, narrado con una especie de “cámara subjetiva” que se desplaza por la playa, es la sofocante rutina de un macho proveedor, una hembra sumisa y unos hijos que seguramente están mamando el modelo para repetirlo cuando sean adultos.

Hay muchos cuentos con el tema de la venganza en este primer libro de Giselle Aronson (“After office”, “Final”...), y uno de ellos es perfecto, el texto más acabado, a mi parecer, de todos los *Cuentos para no matar*... Me refiero a “La misión”, obra que resume con claridad las virtudes de los demás: es un relato con rostro político en el que una trama densa es compactada en la acción de una mujer cuya tarea parece parte de un movimiento colectivo, pero en realidad es un emprendimiento personal, una venganza dictada por el respeto a la memoria de sus antepasados. En este cuento es casi transparente, dicho sea de paso, el afán de la autora por crear textos esféricos, y eso se logra a veces con hábiles reiteraciones de lo enunciado al principio en el final.

La segunda parte del libro, “Excepcionalmente cotidiano”, contiene textos más cortos y menos cargados de violencia, “más inofensivos”. Aquí Aronson maneja un tono más relajado, trenza ficción con realidad (“Ellos y nosotros”), juega con equívocos (“Terror en la puerta”), expone paradojas irónicas (“Impertérrita”) o traza gratas fantasías (“Sólo Andrea”, “Absentia”).

La estancia final, “Perplejidades”, acoge sólo microrrelatos, textos que en ningún caso rebalsan una página. Concentradas, las microficciones de Aronson conservan el *punch* de los cuentos colocados en las secciones precedentes. Todas son punzantes, algunas tienen aire de aforismo o de prosa poética, y sólo en uno o dos casos son francamente algo distinto a la microficción (“Pregunta técnica”). El editor, Fabián Vique, acertó al ornar la contratapa con uno de los brevísimos, un texto para antologar (“Pedido”):

—Sólo te pido una cosa —susurró ella cuando descubrió que él se había propuesto quitarle la ropa.

—Lo que quieras.

—Que parezca amor.

La fuerza de latigazo que tiene la frase final de “Pedido” es la misma que, en racimo, propinan en la conciencia del lector estos *Cuentos para no matar...* Giselle Aronson (o la mona del cuento final, no sabemos) ha dado, en suma, un primer paso firme hacia la configuración de una obra que merece, con justicia y desde ya, la atención del lector.

Ciudad de México, 2, octubre y 2011

Cuentos para no matar y otros más inofensivos, Giselle Aronson, Macedonia, Buenos Aires, 2011, 87 pp.

LIBROS DEL CENTRO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

- 1.- [Una disputa vitivinícola en Parras \(1679\)](#). Paleografía de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.
- 2.- [Censo y estadística de Parras \(1825\)](#). Paleografía, notas e introducción de Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.
- 3.- [Gerónimo Camargo, indio coahuileño. Una crónica de vida y muerte cotidianas del siglo XVIII](#) Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición de Jaime Muñoz Vargas.
- 4.- [Tríptico de Santa María de las Parras. Notas para su historia, geografía y política en tres documentos del siglo XVIII](#). Introducción: Sergio Antonio Corona Páez. Paleografía: Manuel Sakanassi Ramírez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
- 5.- [Real espejo novohispano. Una lectura de la Monarquía española según documentos del obispado de Durango \(1761-1819\)](#). Introducción y notas: Salvador Bernabéu Albert. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
- 6.- [Ataque a la misión de Nadadores. Dos versiones documentales sobre un indio cuechale](#). Introducción y notas: Carlos Manuel Valdés Dávila. Paleografía: Sergio Antonio Corona Páez. Edición: Jaime Muñoz Vargas.
- 7.- [Viñedos y vendimias de la Nueva Vizcaya. Los cosecheros privilegiados por la Corona Española en el siglo XVIII](#). Sergio Antonio Corona Páez
- 8.- [La Comarca Lagunera, constructo cultural. Economía y fe en la configuración de una mentalidad multicientenaria](#). Sergio Antonio Corona Páez.

En existencia sobre soporte de papel, sin enlace:

- 9.- [Apuntes sobre la educación jesuita en La Laguna: 1594-2007](#). Sergio Antonio Corona Páez